

IGNAZIO PICCOLOMINI

Iñaki Larumbe Gutiérrez

A muy pocos lectores de esta revista les sonará el nombre de Ignazio Piccolomini. Seguramente, este *erasmus* siciliano que encontró una habitación barata en Galtzaraborda no dejó muchos conocidos en Rentería, en los meses que estuvo por aquí. Eso sí, quien tuvo la suerte de conocerle un poco sin duda recordará su peculiar crítica literaria punk que improvisaba sin descanso, en clase, en el topo o en el bar.

Su tema preferido era Cervantes, que para él había sufrido “el sopor de Menéndez Pidal y la mística de Unamuno; las levitaciones de Ortega y las tonterías de Azorín”. Y no dejaba santo con cabeza. Siempre que podía comentaba la opinión, unánime entre los eruditos, de que Cervantes valoraba mucho más que el *Quijote* su *Persiles y Segismunda*, que hoy en día es prácticamente intragable. En efecto, en el prólogo de 1615, Cervantes, poco antes de su muerte, defiende su última obra hoy casi desconocida, y dice preferirla al resto para sorpresa de muchos.

– ¿Qué debía decir Cervantes? ¿“Este libro es una inmundicia”? Yo no he visto nunca a Pérez Reverte en la tele diciendo “mi último libro es mucho peor que el anterior”? No se lo compraría nadie. *Ecco*. Cervantes no era cretino.

Pero extrañamente, en el prólogo del *Quijote* aparece una valoración mediocre de la obra y su finalidad: “deshacer la auto-ridad que en el vulgo tienen los libros de caballerías”.

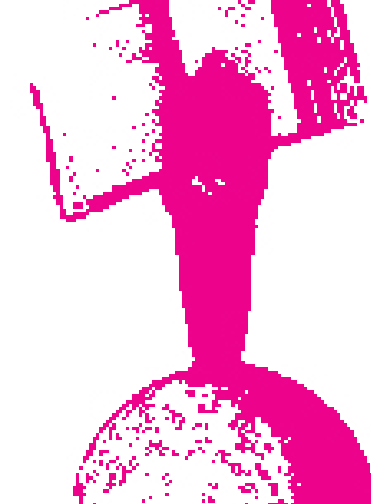
– ¡Ma... esa opinión no es de Cervantes! Es de un amigo de ficción que se inventa. Realmente todo el prólogo es una parodia de los prefacios arrogantes de Lope. Juega con la falsa modestia. Los críticos, como casi siempre, no han entendido nada. En literatura, una opinión unánime sólo puede ser un error repetido *all'infinito*.

Y no paraba con lo de que casi nadie entendía a Cervantes. Cuando, hace un par de años, la conmemoración del cuarto centenario aún no había empezado, le dio por componer un poema que, la verdad, ahora gana bastante.

Quijote al pil-pil, Quijote al ali-oli / Olla podrida de Sancho y Quijote / Questo centenario é ben peggiore / D'un bel vomito di Trimalcione.

Ignazio Piccolomini proponía, todo convencido, tratar de rescatar al hidalgo de las “toneladas de basura filológica y de la ceguera de la erudición española” por un sencillo método: traducir al español la traducción italiana.

– Como un Pierre Menard *decostruito*. Si dicen que Borges es un escritor inglés en lengua española, Cervantes es uno de los mejores escritores italianos. Dialogaba con Virgilio, Ovidio, Dante, Bocaccio, *l'Ariosto*...





Al final me tocaba pararle los pies, porque se enrollaba, y le salía la vena patriótica.

– No, si al final vas a acabar por convencernos: Cervantes era un tifoso de la Reggiana y comía cada día spaghetti *alla matriciana*.

– *Probabile, probabile...*

Tenía esas cosas. Pero luego te descolocaba con un comentario sobre poetas españoles: Panero hijo, Celaya o el mismísimo Ion Mirande que según él no era conocido porque era “gabaccio y de dereccia”, todo esto con su mejor acento siciliano. Llegó a componer un poema que calificaba “de un sensualismo muy giputxi” y del que desgraciadamente sólo recuerdo una estrofa:

“Salta el melocotón / Por la alameda de Gamón / Paisaje fantástico / Ven, miss Cantapricot.”

En un recital estrambótico que montamos en la facultad tuvo mucho más éxito la presentación que él mismo hizo:

– Tal y como podemos encontrar restos de frutos secos en la pasta de cacao, también se pueden rastrear en mis poemas trazas de chocolate.

Contra la opinión generalizada (“otro italiano fumeta”) quienes entonces tratamos a Ignazio sabemos que, de no ser por su grafofobia patológica, hoy podría tener bastantes cosas impresas. A decir verdad, los mismos profesores no sabían decir hasta qué punto llegaba el talento y en qué momento empezaba a delirar un poco.

– Si lees la trilogía tebana de *Sófocle* como una obra unitaria y pruebas a penetrar en la perversidad de Creonte, la conclusión es inquietante. Europa ha leído mal *l'Edipo* por casi 25 siglos.

Nunca acabé de entender su personal solución al enigma de Edipo, pero creo que él mismo no lo tenía muy claro. Eso sí, había consultado la *Poética* de Aristóteles y el Longino en latín y griego, o al menos eso decía.

– Lo de Longino es divertido. Imagina a unos alienígenas que encuentran unos files con “*El buscón de Francisco*” y deciden que sin duda lo escribió Francisco Umbral. Pues, eso mismo le pasó al Longino éste, que no es sino un nombre de lo más común. Los infalibles de la literatura se equivocaron no sólo por 200 o 300 años, sino en toda la interpretación. No parece que fuera seguidor del platonismo porque dice que Platón era un mal imitador de Homero, con demasiadas metáforas.

Ya digo que no siempre le seguía, pero la verdad es que echo en falta sus curiosas teorías. Hace pocos meses me llegó un sobre de Siracusa. De vez en cuando nos mandábamos alguna carta. Yo, varias páginas; él, unas líneas. Pero esta carta me sorprendió. Su madre, caligrafía y ortografía dudosas, me pedía que no escribiera más a su hijo porque “*Dio lo ha voluto con Lui in celo*”. Lo último que sabía de él era que llevaba unos meses escribiendo intensamente. Ignazio era reservado, en esto como en todo, y no he querido, o no he sabido, molestar. Aún no sé si ha podido quedar algún texto, alguna traza, algún apunte suyo. Ignazio Piccolomini a menudo recordaba algunos versos del renacentista Aldana, sobre los que pretendía haber construido algunas de sus composiciones.

“Tanto vale a este hueco / la historia de la tierra / como sobras de los sueños.”

Acaso alguien piense, y con todo su derecho, que estas líneas no tienen ningún sentido, y dude de a qué viene todo esto. Seguro que más de uno, si es que ha llegado hasta aquí, se preguntará a quién le importa un estudiante que estuvo seis meses encerrado en Galtzaraborda entre libros, sin dejar ni huella. A mí me ha parecido bien intentar rescatarle del olvido, porque a veces los ojos de los otros nos enseñan un poco de lo nuestro. ■

